

Furia canina

Ignacio García-Valiño

Cuando Mario González recibió una invitación de su jefe para un almuerzo en su casa, quiso responder un “no puedo”, pero de sus labios brotó un sonido vagamente afirmativo. Lamentó no saber mentir, oponer excusas, compromisos. ¿Qué podía alegar? Llevaba una insulsa vida de soltero, no tenía apenas familia ni amigos.

A Mario González no le dolía en prendas reconocerse un hombre vulgar, discreto y amante del trabajo. Llevaba una década de contable de una empresa de grifería, siempre a las órdenes del Director: el señor Rodolfo Sarniero. Reinaba un ambiente de tensa crispación entre los empleados, pues de cuando en cuando, Sarniero despedía a algún subalterno que no entregaba a tiempo su informe de ventas. Nadie se sentía seguro en ese trabajo, ni siquiera Mario, el más veterano, el único que había sobrevivido una década en su silla, el único que se beneficiaba de aumentos de sueldo, pagas extra y cada Navidad recibía en su casa una cesta con cava, embutidos y turrón.

Menudo, casi calvo y entrado en carnes, a Mario no podía achacársele ningún defecto que no fuera físico, pero todos lo odiaban por el trato de indisimulado favoritismo que le brindaba el director. Al ponerlo siempre como ejemplo de trabajador modélico, Rodolfo se complacía en ejercer ese sadismo sutil consistente en sembrar la envidia y aventar el rencor. En su filosofía empresarial, la ira era un estímulo a la productividad.

Mario se sentía incómodo en su situación. Quería llevarse bien con sus colegas, compartir sus ratos de café, sus bromas, poder circular por los pasillos sin que, al verlo, todos se girasen y volvieran a sus puestos, temiendo que fuera el espía del jefe. Se sentía rehén de una extraña fuerza, que había decidido por él, y contra la que no podía rebelarse.

Acudió al almuerzo puntual, con un vacío en el estómago, una botella de vino tinto y una pequeña caja de bombones para la mujer de Rodolfo. Vivían en un opulento chalet de Mirasierra y nada más llamar al timbre junto a la cancela se desató un estrépito de ladridos.

—¡Tranquilo, Satán, tranquilo! —dijo Rodolfo, sujetándolo por el collar al tiempo que abría la cancela.

Era un dóberman negro mate. El cuello se le doblaba por el ímpetu con que tiraba del collar, y a Rodolfo se le hinchaban las mandíbulas en su pugna por contenerlo.

Mario no tenía miedo a los perros y se dio cuenta de que el perro tiraba de alegría, porque además movía el rabo. Y así era, porque al acercarse, Satán le lameteó la mano. Adivinando lo que se esperaba de

él, Mario alabó su envergadura y fingió impresionarse cuando el amo, alzándole los húmedos belfos, le mostró sus afilados colmillos. También le enseñó algunas cicatrices que ocultaba su pelaje: “de los varazos que le di para domarlo, je, je”, dijo con satisfacción.

Le enseñó el salón de su casa, los cuadros de firmas cotizadas. “¿Sabes cuánto podrían darme por este óleo?”. Mario calculó muy a la baja, para que su anfitrión, tras una sonora carcajada, le aleccionara a placer sobre el mercado del arte. Sabía cómo darle gusto al jefe. Presidía el salón una enorme vitrina llena de trofeos de caza y fotografías de sus safaris en Tanzania, cuyo trofeo estrella era un auténtico colmillo de una hembra elefante.

Durante el almuerzo se limitó a escuchar fingiendo gran interés y admiración las monterías de su jefe, que dejaban en Marta, su mujer, una expresión marchita de rumiante, y a degustar con disimulado asco un entrecot casi crudo. Después, la asistenta sirvió café en tazas de porcelana china el cenador del jardín, en cuya sombra se recostó Satán. Rodolfo le explicó que lo había entrenado personalmente para defenderlo de intrusos, pero nunca había podido ponerlo a prueba, y le pidió que hicieran un simulacro de discusión, para ver cómo reaccionaba. Fue entonces cuando Mario comprendió que ésa era la finalidad de la invitación: probar a su perro.

–Gritame, levántate y agárrame del brazo –le espetó Sarniero.

Mario se puso pálido. Su primer intento de grito fue un murmullo afónico. Su jefe le exigió más convicción:

–¡Es el momento de decir lo que piensas! ¡Vamos, ataca!

Mario notaba que la sangre le subía al rostro. Espoleado por el jefe, experimentó la ruptura de un pequeño dique en su cerebro.

–¡La carne estaba asquerosa! –gritó Mario, poniéndose en pie–. ¡La pedí muy hecha!

Estaba sorprendido de su propia reacción. Sin embargo, el perrazo no se inmutó. Esto enfureció a Rodolfo, que se resistía a admitir el fracaso defensivo de Satán.

–¡Saco de carne fofa! –gritó a su empleado– ¡Demuestra tus agallas si aún quieres conservar tu puesto!

Mario bufó y le sacudió el cuello de la camisa, mirando de reojo al animal, que había comenzado a observarles con vago interés, alzando apenas la cabeza del suelo. Rodolfo le tomó la mano y le guió una bofetada, pero el perro parecía advertir la mala representación. Le gritó que le sacudiera de verdad.

Confuso, Mario dudaba, temiendo un ataque fulminante del perro, mientras se sentía invadir por oleadas de calor. Miraba la cara enrojecida de Sarniero, la vena hinchada de la frente, las fosas nasales dilatadas, los ojos saltones. Y miraba, a su derecha, al perro que se había puesto en pie,

más intrigado que tenso.

Rodolfo lo empujó, provocándolo, y Mario le saltó encima. La sola fuerza de su acometida no habría bastado para derribarlo, pero el jefe cedió sin resistencia, flexionó las piernas y cayó bajo el peso de Mario, confiando en que ahora sí, ahora su dóberman entraría en acción.

Satán no se inmutó.

Apostado encima de su jefe, Mario sintió una oleada de vértigo. Apretó los puños y golpeó a ciegas, braceando con furia creciente, y en cada golpe, poco a poco, algo se resquebrajaba desde las placas tectónicas de su conciencia, una fuerza desconocida emergía de la oscuridad, ascendía en espumarajos, ardiente y sorda, en el tam-tam de sus venas, y rebosaba a borbotones, y apenas se reconoció cuando por fin fue él, sin disimulos, y una idea siniestra cobraba forma: arrancarle los ojos con sus propias manos. No le dio tiempo a consumarla, porque en este trance vio, de soslayo, un relámpago negro a su lado: Satán se levantaba y, con los ojos inyectados de ira saltaba hacia él.

En esta fracción de segundo, Mario no tuvo tiempo de esquivarlo. En lugar de abatirse sobre él, Satán se limitó a empujarlo a un lado para ocupar su puesto, encima de Rodolfo. Y en el espanto que desplazaba el odio, tras rodar por el suelo y girarse de nuevo, Mario acertó a entender el significado del rugido ronco del perro, mezcla de furia y placer, el atávico rugido del depredador que tiene a su presa entre los colmillos, y la melaza caliente y roja le corre por las fauces y los belfos; el rugido de la bestia que no suelta a su presa aunque ésta se debate en convulsiones frenéticas, desesperadas, pateando y pugnando por separarse, sin lograrlo, ese gruñido de placer que sale del fondo de la garganta mientras muerde y muerde con saña hasta que el hombre deja de oponer resistencia, y restriega entonces a placer el hocico en la carne desgarrada, y huele la sangre y la rápida destrucción.